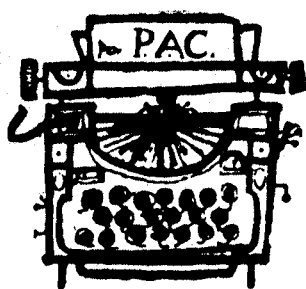


Escrito a máquina

EL CIRCULO SORDO



En el discurso de Somoza en el galpa, lo que el sector privado debería de considerar no las palabras que dijo, sino la lección que demostró. Su discurso esencial de su discurso, de sintetizarse en una sola palabra: "No quiero oír". Es la declaración de una sordera feudal, la ratificación de que la iniciativa —aunque reciba todo el respaldo nacional— tiene las puertas cerradas en su régimen. Este defecto fundamental del gobierno de Somoza —su incapacidad de oír lo nacional— ya lo habíamos experimentado y advertido los periodistas desde hace tiempo. Antes de la vergonzosa reforma al Código Penal que se me hace no es idea suya que un sordo no protesta con el ruido) Somoza, que pudo gloriarse de montar una dictadura con irrestricta libertad de prensa, volvió infecunda esa libertad porque levantó frente a ella el muro de esa inatención o indiferencia feudal que hizo imposible que la palabra desarrollara su inherente fecundidad republicana.

Analizando esta sordera, que apunta a cualquier régimen, recuerdo que cité un ensayo del rector de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Venezuela, donde se anteponian dos tipos de sociedad: La FEUDAL, organizada oficialmente desde arriba, por el mando —y sin otra comunicación que la voz de mando de arriba abajo,— y la sociedad DEMOCRÁTICA, intercomunicada, centrada alrededor de una gran mesa redonda" que son los medios de comunicación y donde los ciudadanos, iguales ante la ley PARTICIPAN en el quehacer nacional haciéndose escuchar. Bajo un gobierno feudal sólo escucha el abajo: el de arriba dicta (es el dictador). Lanza "comunicados". En la democracia hay "comunicación", hay diálogo porque se escucha. Generalmente se cree que la democracia donde el ciudadano puede hablar. Es un error. La democracia comienza cuando el ciudadano es oído.

El caso de la iniciativa privada repite el mismo fenómeno del periodismo. El sector privado no tiene libertad de reunirse. El sector privado pudo efectuar una convención nacional sin paralelo en la historia de Nicaragua, pudo convocar a sus elementos más preparados y experimentados para analizar la situación de su propio país en los aspectos que ese sector conoce a fondo, pudo incluso contar con la presencia física de los gobernantes, pero el resultado fue el mismo: hubo expresión pero no audición.

La sordera feudal es una atrofia grave para un país. Impide que sus mejores iniciativas tengan oportunidad, ya no digamos de realizarse, pero ni siquiera de discutirse. Todo el estancamiento de Nicaragua se reduce a un problema auditivo. El gobernante sólo se oye a sí mismo, sólo oye la voz de su propio poder; no se nutre del aporte ni de la experiencia ajenas. Y esto, que va contra la naturaleza, agota las posibilidades de cualquier hombre y de cualquier gobernante. Un escritor que no lee, rápidamente llega al plan del cofre y su literatura, desnutrida, decae. Un gobernante que no escucha, se vacía con mucha mayor rapidez: bastan pocos años para que sea, como dijo agudamente Eduardo Chamorro, *obsoleto*.

En el panorama de la Nicaragua posterremota se perciben claramente dos líneas o tendencias contrastantes. Una, llena de energía, de iniciativas, de capacidad creadora y técnica que impulsa al país —contra todas las resistencias y a pesar de brutales obstáculos— en línea recta hacia el progreso: es la línea del país gobernado. Y otra línea —la del país gobernante, minoritaria pero poderosa— que gira agotada sobre sí misma en un círculo de repetición y de indecisiones, terriblemente frustrante y aburrida. Este círculo que gira y vuelve a girar repitiendo conceptos y tópicos enteramente sobrepasados cuando no vacíos, es el círculo sordo de un gobierno que ya nada puede dar de sí mismo, porque no recibe —porque no quiere recibir— nada de los demás.

La situación del nicaragüense me recuerda un cuento jugalpino. Un campista chontaleño baja por primera vez de las lejanas serranías y llega a la feria del pueblo donde, entre otras diversiones, funciona un tirovivo que nosotros llamamos "caballitos". El chontaleño observa largo rato el artefacto giratorio, y ante su gesto irresoluto, los compañeros le preguntan por qué no se monta. Y él, con mucha seriedad contesta: —No voy a gastar un peso por montarme en un caballo que sólo da vueltas y vueltas y me vuelve a dejar en el mismo lugar".

A pesar de la música y del aire de feria con que quiere dar una nueva vuelta el tirovivo de nuestra política, el chontaleño habló por el país entero. Montados en ese artefacto daremos vueltas y vueltas pero no pasaremos del mismo lugar.

PABLO ANTONIO CUADRA